

## Elección de los Doce

Estábamos allí, Señor, entre la gente  
lo mismo que los Doce. Tú te habías pasado  
la noche en oración,  
el corazón arriba, los ojos hacia arriba  
levantando las manos como hace el labriego  
suplicando la lluvia.

Estábamos allí rodeados de todos. La gente había venido  
con sus sacos de lágrimas encima de la espalda  
y no dabas abasto. Ni un momento tenías  
para poder apenas respirar o tomar un bocado?

Y estábamos allí. No sabíamos por qué, pero estábamos allí  
como uno más temblando bajo el frío  
de nuestro propio nombre. Te pusiste de pie  
y hasta los montes lejanos, las casas de labor,  
los regatillos de agua, el datilero, las nieves  
sintieron que una mano prodigiosa  
acariciaba su corazón, Señor.

Dijiste nuestro nombre  
y un vendaval de júbilo recorrió las entrañas  
de cada uno y fuimos levantándonos  
y era como si el sol tirase de nosotros,  
o fue como si hasta entonces  
la vida hubiese sido solamente  
un ensayo, una preparación.  
Susurramos, Señor: ¿Soy yo ese que acabas de nombrar?  
¿No habrás errado el cálculo? ¿No te habrás confundido?

Nos miraban aquellos compañeros de la escuela de un día,  
la quinceañera tímida que nos mandó violetas una tarde,  
las monjas del Asilo, los poetas agnósticos, las madres.  
Nos miró el pueblo entero.  
Pero nos acercamos hasta Ti y nos pusimos a tu disposición.  
Desde entonces, Señor, eres nuestro Señor.

(Valentín Arteaga)